

TERRITORIO Y CAMBIO DURANTE EL III MILENIO A.C: PROPUESTAS PARA PENSAR EL TRÁNSITO DEL CALCOLÍTICO A LA EDAD DEL BRONCE

JOSÉ ENRIQUE MÁRQUEZ ROMERO

RESUMEN

Este artículo interpreta el tránsito de la Edad del Cobre a la del Bronce, como la sustitución explícita de un modelo territorial construido a partir de la erección y distribución de "sepulcros megalíticos", por otro donde los asentamientos, ya plenamente sedentarios, serán las unidades dominantes que van a estructurar el paisaje.

· ABSTRACT

This paper interprets the change from the Copper Age to the Bronze Age, such as the explicit substitution of a territorial model based on the erection and distribution of megalithic burial stones, by another, where the settlements, already completely sedentary, will be the dominant units structuring the landscape.

1. PLANTEAMIENTOS PREVIOS.

El tercer milenio a. C. (cronología convencional) ha sido considerado tradicionalmente como el marco cronológico cobertor de la Edad del Cobre en el sur Peninsular. La aparición de las primeras actividades metalúrgicas, será considerada como el elemento que marca su inicio; mientras que, su desarrollo, se articulará dentro del esquema clásico y vitalista: Cobre Antiguo-Pleno-Final. Como es conocido, la variación morfológica de la cultura material, especialmente la de la cerámica, constituirá el criterio de demarcación de sus fases o etapas y, consecuentemente, el de su final.

Las limitaciones de este modelo tradicional se han intentado superar con estudios que, por el contrario, se centran en la evolución del modo de subsistencia, las relaciones de producción, la captación de recursos o el patrón de

asentamiento, por poner algunos ejemplos bien conocidos. Estas lecturas han enriqueciendo, que duda cabe, las reconstrucciones de los procesos históricos de la Prehistoria del sur peninsular. A pesar de todo, creemos entender que todas ellas siguen apoyándose, en mayor o menor medida, en un concepto de “progreso” demasiado simplista, unilineal y hegeliano, que es considerado en cualquier caso como consustancial al proceso histórico. Nos explicaremos.

Estos modelos explicativos no terminan de deshacerse de la inclinación a primar en el momento de la interpretación, lo “cambiante”, lo “evolutivo” o “innovador” frente a lo que permanece. Así, *evolucionan* las formas cerámicas, se *intensifican* los procesos productivos, o se *hacen más complejas* las relaciones sociales de producción. Buscamos los indicadores del cambio-progreso de forma casi obsesiva; podríamos decir que de manera minuciosa y “estratigráfica”. Seguimos anclados en la creencia evolucionista y decimonónica que nos lleva a pensar que la historia, de cualquier fenómeno, se caracteriza por una sucesión de transformaciones hacia la progresiva complejidad (Hernando 1999 a, 20). Pero lo realmente curioso y desde nuestro punto de vista inapropiado, es que a los procesos históricos construidos sobre el *tiempo lineal* y su proyección histórica materializada en acontecimientos, *historia événementielle*, se les atribuye la capacidad *per se* de explicar cualquier cambio cultural. Se recurre, con este fin, a la comparación dialéctica entre hechos o acontecimientos aislados y diacrónicos (ya sea la aparición de una técnica de talla lítica o del acceso diferencial a los medios de producción), insertándolos en una idea monolítica de *progreso*, y esperando que se expliquen unos a otros por simple *superación*, sea cual sea el concepto que de ésta última tengamos. Así, el “progreso ilustrado”, sigue siendo el más poderoso paradigma productor de historias antes de la Historia y nos acerca el pasado como simple antesala del presente.

Un ejemplo: La naturaleza “igualitaria” que tradicionalmente se viene atribuyendo a las inhumaciones múltiples megalíticas, creemos que esencialmente se ha fundamentado en el juego argumentativo que nace de comparar, de forma general e histórica, unos enterramientos previos e individuales (paleolíticos, mesolíticos, neolíticos) con otros posteriores e individualistas (Edad del Bronce). En esta dinámica los sepulcros megalíticos y sus enterramientos múltiples, no-pueden-ser-otra-cosa, que el reflejo de grupos socialmente homogéneos, o en todo caso, su imagen deformada ideológicamente, por unas elites que los utilizan para enmascarar las incipientes desigualdades y reproducir el sistema. El “dolmen”, sospechosamente se parece demasiado a nuestra “fosa común”. No parece importar que este discurso escatológico para ser coherente, requiera que la idea de la Muerte y su capacidad simbólica de representar y/o negar a los vivos, se haya tenido que mantener, para nuestro interés, invariable durante ¡varios milenios!. Ningún interés parece tener una explicación del he-

cho funerario megalítico desde su propia dinámica interna o su complejidad social. Nada parece ofrecer la concepción del espacio y del tiempo dominante en la época en que se erigieron estos enterramientos. Solo parece interesar su proyección como una "singular fase" en la historia universal de la Muerte, de nuestra-propia-muerte.

A menudo, nuestros modelos explicativos se parecen a una suma de *Historias de...* (la tecnología, la agricultura, los asentamientos, las relaciones de producción, etc), en las que, nosotros reservamos a las fases prehistóricas el innegable honor de constituir *los orígenes de...*, mientras el resto de historiadores, las entiende desde la dudosa reputación de los *prólogos inevitables de...*

Es innegable que la Historia es cambio, y que éste es potencialmente explicativo. Pero, ¿a qué escala?. Es válido por ejemplo aplicado al *tiempo de larga duración* Braudeliiano, que parece coagular las sociedades prehistóricas?. En ellas, ¿el cambio es siempre progreso?. ¿El progreso es siempre cambio?. ¿Instrumentalmente, es posible sustituir el concepto universal, dinámico y moderno del cambio cultural, hoy en día vigente, por una perspectiva menos inducida donde se aborde los distintos procesos históricos que se dan en la prehistoria, sin renunciar al análisis sosegado de lo estático y lo recurrente, lo involutivo y retardatario?. ¿Es recomendable o posible asumir que las cosas pudieron ser de otra u otras maneras?.

En este empeño por primar lo recurrente frente a lo cambiante las reconstrucciones territoriales se han ofrecido como alternativas. En esa línea se mueve este trabajo, al asumir que, en oposición al espacio geométrico, el territorio es una construcción social. En él, se integran coherentemente las formas de subsistencia, las relaciones sociales y las creencias de los grupos humanos, pero lo hacen, y esto es lo más importante, fundamentando su propia naturaleza sobre la *permanencia* y *estabilidad* de los mismos parámetros espaciales y temporales. La territorialidad se construirá por lo tanto, a partir de la identificación de los "paisajes". Estos son espacios connotados emocionalmente (Hernando 1999, 19). El territorio, entendido como construcción social, coincidirá en definitiva con los "universo de reconocimiento", que construimos los humanos intentado sustituir las fronteras indefinidas de un universo en fuga, por la seguridad totalitaria de los mundos cerrados (Augé 1994, 84).

No obstante, la didáctica hegeliana que caracteriza nuestra formación enciclopédica dificulta intentos metodológicos de esta naturaleza. ¿Sabemos pensar de otra manera?. Si se coincide con lo esencial de lo hasta ahora expuesto, resulta muy difícil seguir fabricando historias de las que ya conocemos el final. Se resiste, por inapropiado, seguir utilizando el *deseo de cambio* como paradigma explicativo, cuando pretendemos comprender sociedades primitivas donde no existe el futuro, sino lo "venidero", (Bordieu 1990, 225); donde el hombre está paralizado por el mito del eterno retorno (Eliade 1979, 82) o

donde ese mito, o discurso de orientación predominante, legitima en ellas la ausencia del cambio y el carácter estático de la cultura (Hernando 1997. 254). En otras palabras olvidamos con frecuencia los prehistoriadores que las sociedades primitivas, a diferencia de las actuales, son sociedades contra-el-cambio.

Lo que sigue no pretende ser una alternativa. Mucho menos un intento de superar otras interpretaciones. Se trata simplemente de una lectura más, sobre la que descansa hace años, nuestra propia línea de investigación. En ella proponemos para demarcar los contornos del cambio producido durante el III milenio a. C. (tradicionalmente y en fechas no calibradas, el paso de la Edad del Cobre a la del Bronce), la sustitución, que no necesariamente la superación, de dos formas bien diferentes de construir socialmente el territorio. Se tratan por tanto de dos modelos de poblamiento establecidos *sobre-lo-que-perdura*, sobre lo invariado durante generaciones. Esta estrategia además implica que cada uno de los territorios “construidos” y que hemos creído aislar, tienen una relación estructural con una complejidad socio económica determinada (Hernando 1999 b, 9). Esta opción metodológica conlleva además que, en su momento, las conductas humanas integradas en cada uno de estos territorios, deberán ser explicadas preferentemente desde *el modelo de racionalidad* dominante en cada uno de ellos y no por simple comparación o confrontación dialéctica con aquellas otras conductas específicas de territorios previos o consecuentes¹. Además para este fin, debemos abandonar un concepto de espacio presentista, que como se ha apuntado para la variable temporal, también resulta impertinente para comprender el de otras culturas diferentes a la nuestra; para aproximarnos en definitiva, al estudio de *otros* posibles espacios (Criado 1993, 12).

Para este fin y caso, coyunturalmente hemos utilizado sólo la información procedente de los distintas actuaciones y proyectos arqueológicos que se están llevando a cabo en las distintas comarcas malagueñas. Esta escala espacial, si bien convencional, nos permite, por la heterogeneidad del espacio físico que la constituye, una visión aproximativa pero bastante coherente. Además nos facilita la tarea, al verse favorecida nuestra labor, por el acceso directo a la mayoría de la información que aquí utilizamos, lo que se debe sin duda, a la amabilidad de muchos de nuestros compañeros y amigos que desde hace varias décadas vienen centrando su importante labor investigadora en las distintas comarcas de la provincia de Málaga. No obstante, esta contingencia apuntada, no supone que neguemos, ni mucho menos, la posibilidad de que dicho modelo pueda ser también característico de otras numerosas zonas peninsulares, con las que sin duda coincide, pero la limitación del espacio disponible y la coherencia de los

1 Desde esta perspectiva hemos explicado el cambio que se produce en la economía del sílex durante el III milenio a. C. (Márquez en prensa).

objetivos de este trabajo desaconsejan que se aborden otros marcos geográficos más amplios².

En consecuencia con lo antes dicho y a partir de los registros arqueológicos procedente de las distintas comarcas malagueñas que pasaremos inmediatamente a detallar, creemos fundado defender la existencia durante el tercer milenio a.C. (cronología convencional) de dos *modelos o regularidades territoriales* bien distintos: El primero construido a partir de la erección y distribución de estructuras funerarias megalíticas, y el segundo, a partir del establecimiento de poblados ya plenamente sedentarios, que se convierten por su situación, en las unidades dominantes y referenciales del espacio.

Las variables que hemos utilizado para pergeñar estos dos modelos territoriales se circunscriben, por el momento, al análisis exclusivo de estructuras de habitación y contenedores funerarios y a sus datos georreferenciales aislados. Coyunturalmente, y para favorecer el discurso denominaremos *modelo territorial 1* (MT1) al paisaje de los constructores megalíticos y consecuentemente *modelo territorial 2* (MT2) al de los primeros grupos campesinos. La relación con las divisiones clásicas, como ya se supondrá, incluiría dentro de MT1, el Neolítico Final y el Cobre Antiguo, mientras dentro de MT2 se integrarían el Cobre Reciente y los yacimientos de la Edad del Bronce hasta su fase plena. Ya hemos adelantado en otro momento (Márquez 1998), que consideramos más pertinente interpretar el Cobre Reciente (pleno-final) mejor como una fase inicial de la denominada Edad del Bronce, que como unas fase epigonal de la Edad del Cobre megalítica.

Por nuestra parte, y coherentemente con el planteamiento aquí expresado, estamos probando la validez y congruencia de estos modelos en el valle del río Grande, donde junto a nuestro compañero J. Fernández venimos centrado nuestra labor investigadora desde hace algunos años.

2. ALGUNOS DATOS ARQUEOLOGICOS IMPRESCINDIBLES.

2.1. Elementos constitutivos del territorio en los grupos megalíticos (MT1).

El primero de estos modelos territoriales, creemos que resulta dominante en amplias zonas de nuestra región. Tal es el caso, por ejemplo, del valle del Guadalhorce y algunos de sus tributarios; la depresión de Ronda, la de Antequera

2 Creemos que existen motivos suficientes para extender, grosso modo, la propuesta de discontinuidad histórica aquí presentada, a la mayoría de sociedades megalíticas de la península ibérica desde el IV al II milenio, con excepción hecha, de aquellas áreas concretas y sus alledaños, donde se documentan los asentamientos amurallados y necrópolis tipo Millares.

y los litorales costeros. Cronológicamente se desarrolla, poco más o menos, desde finales del IV hasta el último tercio del III milenio a.C. (cronología convencional). Se caracterizará por: a) unos asentamientos humanos donde destaca la diversidad morfológica en la construcción de sus estructuras de hábitat, y por unas ocupaciones monofásicas y temporales, ocupando lugares no prominentes en el territorio; b) Junto a ellos se observa la construcción y distribución de los sepulcros megalíticos ortostáticos y cuevas artificiales que ordenarán congruentemente el territorio. Analicemos detenidamente ambos indicadores.

Los asentamientos humanos

Al abordar la descripción de estos asentamientos procuramos huir de cualquier intento de ensayo tipológico, que además de ser dudosamente recomendable por reduccionista, estaría condenado inevitablemente al fracaso. No obstante nuestra exposición se articulará lógicamente y para favorecer la descripción, sobre regularidades o elementos formales que hemos considerado recurrentes, pero sin pretender establecer tipos o categorías absolutas, que en ningún caso podrían reflejar convenientemente un patrón de asentamiento que se caracteriza además por soluciones locales, coyunturales o irrepetibles. Por otra parte conviene aclarar que aunque son muy numerosos los yacimientos de la provincia que podrían integrarse en este modelo, hemos considerado oportuno excluir de nuestro repaso aquellos conocidos sólo por prospecciones superficiales o identificados exclusivamente por su cultura material, pero de los que se desconocen cualquier tipo de información sobre la naturaleza de sus elementos constructivos o habitacionales. Esta restricción pensamos que en el fondo no afecta ni al discurso ni a las consideraciones en las que se establece.

Los asentamientos de esta época³, son normalmente monofásicos, e irrelevantes como indicadores espaciales y se concretan arqueológicamente en:

a) **Cuevas naturales.** Presentes tanto en el litoral mediterráneo (*Nagiuelles, Pecho Redondo, Botijos, Zorreras, Bajondillo, Hoyo de la Mina, Nerja, etc.*), como en las comarcas del interior (*Toro, Pulsera, Higuera, Palomas, Goteras, La Pileta etc.*). En ellas las ocupaciones durante estos momentos parecen apuntar a un hábitat exclusivamente temporal, según se infiere de yacimientos con estratigrafías concretas como la *Cueva de las Palomas* (Ferrer y Marqués 1978), la *Cueva de la Higuera* (Márquez 1987), o la *Cueva del Toro* (Martin *et alii* 1993, 277), todas en la depresión de Antequera. En el mismo sentido apuntan los análisis de la avifauna realizados en la *Cueva de Nerja* que inducen a pensar en un uso estacional de la misma durante el *Calcolítico* (Pellicer y

3 Las características formales de estos asentamientos se han expuesto más detalladamente de lo que aquí podemos hacer en Márquez, J. E. y Fernández, L. E. (1998).

Acosta 1997. 153). No se desdeñan tampoco el uso como hábitat, de abrigos y covachas naturales de escaso desarrollo geológico, tales son los casos, entre otros, de *El tajo de Doña Ana* en Alfarnatejo (Ramos 1986), *Las Mezquitas* en Periana (Ramos. 1984-85), o el *Cerro el Castellón* en Almogía (Recio *et alii* 1986-87), que también evidencian ocupaciones sólo puntuales.

b) **Fondos de cabaña.** Se reconocen arqueológicamente por la presencia de manchas circulares en el terreno, normalmente de colores oscuros o cenicientos, producto de acumulaciones de restos orgánicos. Están estos fondos de cabaña bien documentados en la zona septentrional de la provincia, tanto en la depresión de Ronda (Aguayo *et alii* 1989-90, 70) donde se conoce desde antiguo el asentamiento de *El Gastor* en el que se documentaron varias de estas estructuras al aire libre (Carrilero *et alii* 1982, 198), como en la depresión de Antequera, donde al pie de la Loma del Viento, se haya un asentamiento de esta naturaleza localizado al este de la conocida necrópolis de Alcaide. En concreto se trata de un "fondo de cabaña" de planta circular que presentaba el suelo de adobe de mala calidad y la proliferación en su interior de improntas de cañizos generado por lo que parece ser una ocupación monofásica de la estructura (Marqués 1990, 269-270).

En el litoral costero, recientemente se han documentado varios de estos "fondos de cabaña", concretamente en los yacimientos, de *Cerro Cabello*, y *Cerro Coronado*, ambos en Málaga capital, y *Alhaurín de la Torre*, y *Cala de Mijas* en la costa occidental (Férrnandez *et alii* ep.). Su patrón resulta bastante homogéneo, y se caracterizado por la presencia de pequeños hábitats aparentemente estacionales, configurados por cabañas, que no superan en los casos conocidos las cuatro unidades, de plantas circulares o ligeramente ovaladas, montadas sobre los resaltes rocosos y completándose con pequeños zócalos trabados con barro. Las cubiertas, a juzgar por las improntas recogidas debieron ser de entramado de cañizo revocado con barro. Se suelen asentar en elevaciones o zonas practicables de las laderas mejor relacionadas con los llanos litorales, en una franja altimétrica media cifrable entre los 90 y los 160 m.s.n.m. Son asentamientos de dimensiones reducidas, que en ninguno de los casos estudiados supera la media hectárea (Márquez y Fernández, 1998). En el interior de la provincia tenemos un caso particular constituido por un "fondo de cabaña" localizado en el mismo *casco urbano de Ronda* donde, como singularidad, se ha completado una estructura de este tipo con una acomodación mediante excavación de la roca para utilizarla como pared de la vivienda, en cuyo interior también se localizaron numerosos improntas de cañizo (Aguayo *et alii* 1987, 236).

c) **Estructuras y cercados subterráneos.** Otra variable está representada por los asentamientos en cuya ubicación parece primar, frente a otros condicionantes, las características litológicas del terreno, especialmente la exis-

tencia de substratos margosos, en los que se realizan construcciones subterráneas (convencionalmente silos). Estos asentamientos presentan evidencias, más que de ocupaciones plenamente sedentarias, como podían ser estructuras muradas o secuencias arqueológicas prolongadas en el tiempo, de estrategias de ocupación / reocupación de sus estructuras, que por recurrencia pueden terminar por constituir poblados extensos, como por ejemplo el documentado en el *casco urbano de Alameda* (Márquez *et alii* 1999), pero que en última instancia, creemos que no necesariamente deben ser interpretados como propias de un modelo plenamente sedentario. La morfología de estas estructuras subterráneas es muy variada, especialmente suelen ser circulares, con perfil troncocónico y con diámetros de boca en torno a 1,50 m. pudiendo sobrepasar en ocasiones los 2 m. en la base, mientras que oscila la profundidad entre 1 m. y 1.50 m. A partir de estas características generales las variantes son numerosas. Pueden aparecer simples estructuras aisladas, como las documentadas en *Los Castillones* en Campillos (Fernández 1987, 661), o configurando conjuntos mucho más complejos como los conocidos en el anteriormente citado asentamiento de *Alameda*, donde se ubican hasta un total de 28 estructuras, que aparecen solapadas unas sobre otras (Márquez *et alii* 1999), modelo que parece repetirse al menos en parte en *Cerro Marimacho* junto a la conocida necrópolis de Antequera (Marqués *et alii* en prensa).

En el litoral se observa de igual manera, asentamientos de esta naturaleza cuya morfología oscila, desde la simplicidad del localizado en el *Lomo del Espartal* en Marbella, donde se documentó una sola de estas estructuras excavada parcialmente en la marga y apoyada en un afloramiento calizo con abundantes restos de improntas de caña (Fernández *et alii* e.p.), hasta las localizadas en el yacimiento de *Morro de Mezquitilla* donde se evidencian más de 20, de tipo subcirculares y con diámetros que pueden sobrepasan el metro de diámetro. Son frecuentes en este mismo yacimiento las formas geminadas, junto a la aparición de una zanja o cercado de 2,20 metros de anchura con evidencias incluso de escalones (Schubart 1979, 185).

d) **Pequeñas estructuras de almacenaje.** En otros casos, sólo contamos para evidenciar un asentamiento humano de este patrón, con la existencia de “pequeñas estructuras de almacenaje”, excavadas también en el suelo. Normalmente son de forma circular, no sobrepasando el metro de diámetro, y poco más de profundidad, con perfil troncocónico, y en algunos casos revestimiento aislante en el interior. Pueden presentar cierres con losas subcirculares, apareciendo, en ocasiones, varias de estas estructuras adosadas unas a otras formando conjuntos mayores y más complejos. Como hipótesis cabe pensar que estos contenedores formarían parte de asentamientos donde se instalaron también algún tipo de cabañas endebles. Por el momento estos yacimientos sólo están documentados en el interior de la provincia, y especialmente en la depresión

de Antequera donde aparecen localizados en la *Hoz de Peñarrubia* y *La Cuevecilla* en el valle del río Guadalteba (García *et alii* 1995), o en el *Cortijo de San Miguel* en Ardales. En este último se han localizado hasta 23 estructuras de este tipo excavadas en el sustrato margoso del terreno y separadas en el espacio por un metro y medio de distancia por término medio, configurando un área de casi 300 metros cuadrados, que no agota la extensión de yacimiento que aún queda por excavar (Fernández *et alii* 1997).

Pensamos que tanto los “fondos de cabaña” superficiales como aquellos que presentan algún tipo de acomodación parcial al terreno o las estructuras excavadas más o menos complejas que hemos citado parecen ser simples variantes locales y circunstanciales de un mismo modelo caracterizado por soluciones particulares a las necesidades concretas del asentamiento y determinadas en ocasiones por limitaciones litológicas del medio, en las que la ocupación de cuevas naturales no resulta desdeñable. Los límites convencionales de demarcación entre las cuatro regularidades apuntadas pueden llegar a ser muy débiles, especialmente los indicados como b, c y d.; no pudiendo descartar que algunas de dichas estructuras puedan convivir en los mismos yacimientos. En todo caso resulta evidente que los indicadores arqueográficos nos alejan estas ocupaciones de lo que debieran ser asentamientos plenamente sedentarios, lo que por otra parte no desentona en absoluto con la fisonomía que en todo el continente europeo caracteriza a los poblados megalíticos.

Necrópolis megalíticas, cuevas artificiales e inhumaciones en cuevas naturales.

Las limitaciones que los poblados muestran para construir espacialmente el territorio se solventa con la erección de estructuras funerarias. Éstas organizan el paisaje mediante una dispersión intencionada y estratégica de las necrópolis. Como ocurre en otras “provincias megalíticas” también en estas latitudes, el megalitismo supone la aparición de las primeras construcciones humanas no efímeras. Esta contingencia parece ocurrir en las comarcas malagueñas desde finales del IV a. C., aunque este hecho, se fundamenta por el momento, sólo a partir de la cultura material “antigua” encontrada en algunos de estos sepulcros, puesto que, las dos fechaciones absolutas con las que contamos, (GrN-16067) 4550 +/- 140 B. P. para la base del túmulo del *sepulcro de Viera* (Ferrer y Marqués 1993, 359) y (GrN-25302) 4450±20 B.P.⁴ para los restos óseos humanos hallados en el dolmen de la *Cuesta de los Almendrillos* en Alozaina

4 Esta fecha (GrN-25302) 4450±20 B.P ha sido calibrada mediante el programa Calib 4.0 ofreciendo un intervalo (dos sigmas) de 3326-3022 BC, con valor de intercepción 3096 (Stuiver y Reimer 1993).

(Fernández y Márquez. e.p), apuntan a momentos ya de plena consolidación del ritual funerario.

La implantación del megalitismo, alcanza prácticamente todas las comarcas y ámbitos naturales de nuestra provincia. Así se observa un dominio morfológico de los estructuras tipo galería o de transición galería-corredor en la depresión de Ronda (Garrido; Marqués y Villaseca, F. 1984; Aguado y Marqués 1996; Cabrero 1978; Aguayo *et alii* 1991) y en el Valle del Río Grande (Villaseca 1990; Fernández e.p.; Fernández y Márquez e.p.). En la depresión de Antequera, se documenta junto a su singular necrópolis ortostática, la mayor implantación de cuevas artificiales de la región (Espejo *et alii* 1994; García 1979-80; Marqués 1983, 1990). Entre la depresión de Antequera y la Axarquía, en el término municipal de Casabermeja se emplaça lo que parece otra zona de especial densidad funeraria con el predominio, en este caso, de los sepulcros de corredor (Ferrer *et alii* 1980; Marqués 1979). Por último y en plena Axarquía hay que registrar el *Dolmen del Cerro de la Corona* en Totalán, único ejemplar conocido de cámara simple, y que por el momento es el sepulcro megalítico más oriental hallado en nuestra provincia (Recio *et alii* 1997).

Pero paralelo al fenómeno megalítico, en nuestra provincia, tal y como ya se ha apuntado (Ferrer y Marqués 1986, 253), existe también un extendido ritual de enterramientos en cuevas naturales. Pensamos que la naturaleza de estas prácticas funerarias deben ser interpretadas como una “variante kárstica del megalitismo”, dentro del ritual de enterramientos colectivos. En estos momentos se depositan los cadáveres, normalmente en grietas o corredores angostos como parece ocurrir en la *Cueva del Tesoro* en Torremolinos (Navarro 1984), o en la *Sima de la Curra* o de los *Murciélagos* en Carratraca (Sanchidrián 1984-85), o directamente sobre el suelo tal es el caso de la sala de la Torca en la *Cueva de Nerja* (González-Tablas 1990), o en las salas altas de la *Cueva de Doña Trinidad* en Ardales (Sanchidrián 1989). Posiblemente, y como se desprende de la opinión del insigne investigador M. Such, quien a finales del siglo pasado visitó muchas de las cavidades costeras malagueñas, la entrada de la mayoría de estas debieron ser cegadas artificialmente durante la prehistoria (Such 1919, 8), lo que sin duda fundamenta el ritual hipogeo que estamos describiendo. Por ejemplo en la *Cueva de Nerja* se ha llegado a plantear su uso, durante el *Neolítico* y *Calcolítico*, como un auténtico “Santuario Funerario ” (González-Tablas 1990).

2.2. Elementos constitutivos del territorio en los primeros grupos campesinos⁵ (MT2).

El modelo de territorialidad característico de los constructores megalíticos ha desaparecido ya en los últimos siglos del III milenio a.C. En estos momentos, se ha generalizado ya una concentración de la población en asentamientos al aire libre, que como novedad, serán ocupados de forma estable y prolongada⁶. Se trata, en su mayoría, de asentamientos de “nueva planta”, localizados ahora en lugares prominentes dentro del paisaje. Hablamos de los primeros poblados campesinos.

Los asentamientos humanos

Con variantes altimétricas, en la que se observa la tendencia a ocupar con el tiempo, cerros cada vez más altos (Fernández 1988, 206), este modelo de hábitat humano tendrá especial implantación hasta los últimos siglos de II^o milenio a.C. De estos momentos tenemos en nuestra provincia asentamientos en prácticamente todas las comarcas. Sólo citaremos los más relevantes: En la depresión de Ronda, se conocen yacimientos como *Acinipo* (Aguayo *et alii* 1987), la *Loma del Moro* (Ferrando y Márquez 1989), o el propio *casco urbano de la ciudad de Ronda* (Aguayo *et alii*, 1987); en la depresión de Antequera se ubican los asentamientos de *Aratispi* (Perdiguero 1989-90); el *Cerro Mari-macho* (Ferrer *et alii* 1987) y la *Peña de los Enamorados* (Suárez. *et alii* 1995), todos en el término municipal de Antequera; en la zona de contacto entre la depresión de Antequera y la Axarquía, el *Peñón del Oso* en Villanueva del Rosario (Moreno 1987); en el Alto Vélez cabe citar *Capellanía* (Recio *et alii* 1987) y *Peña Hierro* (Arteaga 1974), en el Bajo Guadalhorce *El Llano de la Virgen* (Fernández *et alii* 1991-92) en Coín y *El Castillejo* en Almogía (Rodríguez *et alii* 1997); y por último, y ya dentro del casco urbano de Málaga capital conocemos, el poblado de *San Telmo* (Baldomero y Ferrer 1984-85), y a las afuera, el *Cerro de la Peluca* (Baldomero *et alii* 1985).

- 5 Convencionalmente entendemos aquí por grupos campesinos las primeras comunidades que fundamentan su economía básicamente en la agricultura. Pero esta asunción no supone: a) que se niegue las prácticas agrícolas de menor rango en momentos anteriores; ni b) que necesariamente en estos grupos ya deba existir el campesinado como grupo social, aunque no descartamos que esta posibilidad pudiera haberse dado cuando el modelo se hubiera estabilizado plenamente.
- 6 Existen evidencias de ocupaciones puntuales también de cuevas naturales, pero su peso como hábitat es sensiblemente menor al observado en MT1.

Las dataciones absolutas, procedentes de algunos de estos poblados son: (GR 19992) 3.440 ± 40 B.P, correspondiente al estrato I; el *Llano de la Virgen* en Coín (Fernández 1995); o 3750 ± 120 B.P. en el *Cerro de Capellanía* en la Axarquía (Arribas y Ferrer 1997, 176).

Este modelo de ocupación del territorio parece tener su final coincidiendo con lo que algunos autores reconocen como hundimiento del Bronce Pleno Hispano. Se trata de una crisis, profunda y general, que tradicionalmente se ha considerado como reflejo de cambios generalizados producidos en amplias áreas de Europa y el mediterráneo Central y Oriental y que termina por hacer desaparecer, entre otras, culturas tan florecientes y complejas como la de El Argar en el Sudeste Peninsular. Pero al margen de que consideremos el carácter paneuropeo de este cambio, o que optemos por alternativas locales de crisis interna, lo cierto es que en nuestra región este segundo modelo territorial, que estamos describiendo, observa una discontinuidad en su desarrollo y parece que es abandonado o, modificado sustancialmente, ya desde los últimos siglos del II milenio, momento a partir del cual se observa un nuevo proceso de atomización de la población.

Los enterramientos

El patrón de asentamiento descrito se ve acompañado por la modificación del ritual megalítico y paulatinamente se dejan de construir los sepulcros de grandes losas u ortostatos. A partir de ahora y, aunque se siguen utilizando las cuevas artificiales como lugar de inhumación, ya sea como resultado de ocupaciones prolongadas de las mismas o como simples reutilizaciones tardías, la realidad es que se produce un manifiesto languidecimiento general del fenómeno megalítico. Se observa si acaso lo que hemos denominado como "tardomegalitismo" (Márquez 2000). Éste se orienta bien a la reutilización de antiguos enterramientos, como ocurre en el *Moral de Montecorto* (Cabrero 1978) o en el *Cerrete de Algane* (Fernández e.p.), bien mediante la construcción de estructuras mucho más modestas que reproducen modelos antiguos, tal es el caso de la Necrópolis Campaniforme del Tardón (Fernández *et alii* 1996); o en definitiva, incluso mediante la perduración, en necrópolis de cistas, de rasgos constructivos típicos del megalitismo, como se observa de una u otra manera tanto en las necrópolis de *El Llano de la Virgen* (Fernández. 1995), o en la *del Cortijo de Rodahuevos*, situado entre Campillos y Antequera (Fernández *et alii* 1999).

Tras este momento de transición o perduración de viejos modelos funerarios, en momentos ya avanzados de la *Edad del Bronce*, se generalizarán las necrópolis de cistas. Las influencias del ritual de enterramiento típico de la Cultura del Argar del Sudeste peninsular parece determinante para la consolidación de este ritual en nuestra provincia. En nuestra provincia, la distribución

de estos yacimientos observa ciertas concentraciones espaciales, producto sin duda, del distinto grado de investigación desarrollado en cada una de las comarcas. Así muestra una especial densidad la cuenca del río Vélez y sus tributarios (Ferrer 1974; Ferrer *et alii* 1984, Arteaga 1974; Gran 1982) y los tramos medio y bajo de la cuenca del Guadalhorce (Ramos *et alii* 1995; Garrido 1981; Baldomero *et alii* 1985).

Entre los enterramientos de esta época se han podido datar los correspondiente a la necrópolis, aún colectiva del *Tardón*, en Antequera, con (UGRA 260) 3530 ± 70 B. P. para su estructura A y (GrN 16066) 3745 ± 25 B. P., en la B (Fernández. *et alii* 1997) y en la de enterramientos individuales del Llano de La Virgen (GrN 19992) 3660 ± 40 B. P. (Fernández, 1995).

3. DISCUSION FINAL: SOBRE UNOS Y OTROS.

El *tiempo estratigráfico* nos ha permitido secuenciar un antes y un después en nuestro intento por aislar cada uno de los dos modelos territoriales identificados. Creemos que la revisión que acabamos de realizar, aunque acelerada, fundamentará empíricamente el resto de las consideraciones que siguen. Sin demasiada dificultad, pero con un aumento considerable de espacio, hubiéramos podido extender el repaso, incluso a otras zonas del sur y suroeste peninsular, sin modificar sustancialmente las conclusiones a las aquí llegamos; pero en este caso la escala está previamente establecida.

Este ejercicio descriptivo que hemos completado en el segundo de los epígrafes, es *deudor* de la información empírica producida durante décadas por la investigación llevada a cabo en el sur peninsular. Se trata pues de una ordenación que disfruta de un quehacer arqueográfico previo, del que incomprendiblemente y a modo de exorcismo, parece que queremos renegar en público aunque sin dejar de disfrutarlo subrepticamente. No obstante, es cierto que, si despojamos al *tiempo estratigráfico* o *lineal* de sus vestiduras hegelianas y, aunque no neguemos su indiscutible capacidad-para-secuenciar, lo desarmanamos como estrategia *explicativa* de unas sociedades primitivas del pasado, que desde esta óptica, ya no pueden seguir siendo entendidas como simples antecedentes de nuestra sociedad actual. Con demasiada frecuencia hemos asumido implícitamente que en dichas sociedades debieron “funcionar” nuestras mismas leyes sociales, económicas o simbólicas pero en un estado tan embrionario o poco desarrollado que no lograron sacar a los individuos en ellas integrados de la más profunda de las miserias: “Robisoncruseamos” la Prehistoria. Una alternativa a esta manera de pensar el pasado más remoto, debe asumir necesariamente la originalidad, intransferibilidad y dimensión propia de la sociedad primitiva, y por consiguiente, nuestras limitaciones para comprenderlas desde marcos éticos y conceptuales propios de nuestra sociedad capitalista.

Este opción metodológica nos obliga a mirar ambos modelos de territorialidad como si se ignoraran uno a otro, sin apoyar las dudas que nos asaltan en la comprensión del primero, en las respuesta que nos suscita la proyección de esos mismo interrogantes en la interpretación del segundo. No debemos tomar la perspectiva estratigráfica para comprenderlos pues, en tal caso, nos encontraremos constreñidos por la visión dialéctica, y compararemos *formas de vivir* separadas por cientos o miles de años. Coherentemente con esta perspectiva, y a modo de ejemplo, las necrópolis de cistas no pueden ser nunca interpretadas como la-crisis-del-megalitismo, sino como una manera diferente de entender la muerte, y la vida. Creemos, por tanto, que ambos modelos son diferentes, y además, que se sucedieron, pero no necesariamente son diferentes porque se sucedieron. La cultura material, y sus mudanzas morfológicas son ignoradas, pero sólo estratégicamente, en este primer momento de análisis⁷.

Modelo de Territorialidad 1

La fisura histórica que supone la aparición en el territorio de los sepulcros megalíticos ha sido interpretada como reflejo de la “domesticación del Paisaje” (Criado 1993, 26-30). En él, las “grandes piedras” no sólo construyen socialmente el territorio sino que instauran un nuevo concepto de tiempo sociocéntrico, esto es, referido y establecido por el propio grupo (Elías 1989, 103). Así se establecen los dos mecanismo básicos, el espacio y el tiempo, para ordenar la experiencia (Hernando 1999, 11). El territorio es, en definitiva, el resultado de la *estructura*, tal y como esta han sido definida por F. Braudel (1968). Este autor recomienda el uso de dichas estructuras para el estudio de los problemas de la larga duración, al interpretarlas como relaciones suficientemente fijas entre realidades y masas sociales, a modo de ensamblajes o arquitecturas que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar; estas *estructuras*, sigue planteando F. Braudel, obstruyen la historia, la entorpecen y por tanto, determinan su transcurrir, configurando en definitiva, los límites envolventes de los que el hombre y su experiencia no pueden emanciparse (1968, 70-71).

Ya hemos adelantado que el paisaje debe ser coherente con la organización socio-económica propia del contexto que estemos estudiando. Aquí surge

7 No renunciamos a considerar las capacidades que la variación de la morfología de la cultura material tiene a nivel analítico, sería una torpeza imperdonable, en una disciplina como la arqueológica, que se caracteriza por el carácter carencial de la información empírica que maneja. Sólo relegamos su valor, a la hora de demarcar los territorios o paisajes. En su momento, la lógica interna de cada patrón o regularidad territorial, nos tendrá que explicar, pensamos, los motivos de éstas variaciones formales de la cultura material.

la discrepancia con propuestas similares planteadas en otras zonas peninsulares y europeas, ya que en el actual debate sobre si, los monumentos megalíticos *suponen la*, o por el contrario *antecedent a*, la generalización de la producción agrícola, nosotros hace tiempo que nos decantamos por la segunda de las posibilidades (Márquez 1995; Márquez 1998; Marquez y Fernández 1998; Márquez *et alii* 1999).

El evolucionismo lineal y la idealización del modo de vida campesino⁸ han favorecido la idea, por otra parte muy extendida, de que la intensificación agrícola, tras su descubrimiento en el Neolítico, es un elemento consustancial a todas las economías de la Prehistoria Reciente. Este *fundamentalismo agrario* sigue utilizando, pensamos, unos conceptos demasiado simplistas sobre la agricultura y su, supuesto y childeriano, carácter revolucionario, como si en la naturaleza de estas prácticas económicas no existiera grados, formas y modos particulares de desarrollarlas (Márquez. y Fernández 1998). Olvidan estos planteamientos que el concepto de Neolítico hace tiempo que ha empezado a ser repensado⁹. Colateralmente este posicionamiento clásico ha evitado un debate sobre la validez del registro empírico utilizado para argumentar la pretendida *intensificación* agrícola, por ejemplo durante la Edad del Cobre (Márquez 1998), y en definitiva, el dominio en la comprensión de la Prehistoria Reciente del sur peninsular, de los modelos “progresivos” que, por naturaleza, no conciben irregularidades, desviaciones o marchas atrás en su desarrollo.

Las características de los asentamientos del MT, su invisibilidad espacial, la escasa entidad de las construcciones muradas, y el limitado efecto sobre el medio¹⁰, bien patentes en los yacimientos que hemos repasado de nuestra región, se ajustan a la fisonomía clásica del patrón de asentamiento predominante en las fases de implantación del megalitismo europeo y resulta, según nuestros criterios, difícilmente adscribible a un modo de vida *plenamente* campesino. Este hecho ha llevado, a algunos investigadores, a defender un componente móvil muy fuerte para estos grupos, donde los recursos silvestres (caza, pesca y recolección) siguen teniendo un peso cuantitativo y cualitativo muy importante en su dieta, lo que en resumidas cuentas supone retrotraer el modelo *plenamente* campesino a momentos avanzados de la Prehistoria Reciente, y a considerar el megalitismo como preparación del modo completamente neolítico y no como su consecuencia (Bradley 1993, Thomas 1999). En estas prácticas

8 Sobre el tema ver Hernando 1999 c y Hernando 1999 d.

9 Los inicios, ya lejanos, de esta refiguración del concepto de Neolítico se pueden ver en Cohen 1985.

10 La mayoría de los asentamientos de MT1 se han descubierto como consecuencia de actuaciones de urgencia motivadas por los trazados de redes viarias recientes. Sin esta contingencia, difícilmente conoceríamos su existencia.

económicas la agricultura debe ser resituada. Ya hace tiempo que la redefinición del Neolítico viene reclamando una mayor precisión a la hora de describir la naturaleza agrícola primitiva y, sobre todo, su peso específico sobre la economía prehistórica (Thomas 1996).

Puesto que, no es sobre el “conocimiento o la invención” de la agricultura de lo que hablamos, que se admiten antiguos en el sur peninsular, sino del peso específico que tuvo a nivel subsistencial en los grupos megalíticos, pensamos que se hace preciso, para fundamentar los supuestos procesos de intensificación agrícola, un mayor rigor en la caracterización arqueográfica, que en cualquier caso debe ir más allá de la simple constatación cualitativa de evidencias de prácticas agrícolas.

Dentro de esta problemática resulta central el tema de los “campos de silos” y los poblados extensos en los que éstos se inscriben espacialmente en los yacimientos del sur peninsular. Como se habrá observado, entre las regularidades descritas, no hemos dudado en incluir estas estructuras semisubterráneas, como características de los asentamientos del MT1. Nuestras dudas a entender estas “construcciones en negativo” como elementos característicos de asentamientos plenamente sedentarios y subsistencialmente agrícolas ya han sido expuestas en otro lugar (Márquez 1995; Márquez 1998, y Marquez *et alii* 1999), pero aquí cabe algunas nuevas consideraciones:

El registro arqueológico del sur peninsular nos muestra, a partir del Neolítico Final, asentamientos espacialmente muy extensos, donde en ocasiones las estructuras “siliformes” aparecen por centenares. Además, cuando la excavación horizontal ha podido ser llevada a cabo, es frecuente comprobar que éstas se localizan en un espacio delimitado por largas, y en ocasiones, profundas zanjas de delimitación, tan características en los *causewayed enclosures* europeos. Junto a estas evidencias faltan elementos constructivos en superficie, en todo caso se aprecian manchas oscuras que son interpretadas como las evidencias de fondos de cabañas de planta circular.

Si esta fisonomía es interpretada desde un modelo “progresivo”, y teniendo en cuenta que la agricultura se conoce desde momentos muy anteriores en el sur peninsular, la única lectura posible que podemos hacer para estas estructuras es la de almacén de grano. El discurso se teje al considerar estos poblados como una fase o tipo concreto dentro de la *historia de la agricultura*, que tradicionalmente se asocia con “los conocidos campos de silos del valle del Guadalquivir”. Por otra parte al aparecer estos silos por centenares, deben responder necesariamente, a procesos de intensificación en la producción y acopio de excedentes, que en sociedades plenamente agrícolas no pueden ser otros que los cereales. La hipótesis se consolida también por la proximidad de estos poblados a corrientes fluviales, que como agricultores consolidados que son, deben necesitar especialmente en las prácticas agrarias. En última instancia se

pergeña un proceso de producción y acumulación de excedentes realmente descomunal, sin precedentes y desconocido incluso, en épocas protohistóricas del sur peninsular.

Paradójicamente, este importante proceso de intensificación en la agricultura cerealista, no ha aportado, al margen de las supuestas estructuras de almacén, evidencias arqueológicas suficientes que nos permitan valorar otros indicadores de las técnicas agrícolas empleadas. Así, nada sabemos sobre las especies y variedades de cereal cultivadas, ni sobre los sistemas de cultivo, y si en ellos se emplearon modos de siembra mediante palo cavador o se conocía ya el arado; tampoco, nada sabemos, sobre las técnicas de recolección, pues al faltar los dientes de hoz en el registro arqueológico, se tienen que buscar sistemas alternativos para cosechar: ¿Se recogía en tal caso el cereal mediante bateo y cestas?, y en tal caso, ¿implicaría esta contingencia que las especies de cereales estaban todavía poco domesticadas¹¹?, o simplemente se utilizaban otros artefactos como hoces o la recolección era directa a mano?. Nada sabemos tampoco de los motivos que llevaron a estos campesinos a no integrar los silos en dependencias interiores de las “casas”, o de cómo protegían, al tratarse de silos situados en espacios tan abiertos, los cereales de los efectos de la humedad y los roedores; ¿cómo se precintaban los silos?. Otro aspecto poco debatido es la incidencia que en la elección del lugar del asentamiento tuvo que tener el substrato margoso sobre el que se efectuaron estas construcciones; ¿se podrían haber realizado estos silos en otras matrices geológicas?, ¿existen otros sistemas de acopio de cereal que no se ajusten a este modelo?, y en definitiva ¿que relación existiría entre los asentamientos en cuevas naturales, covachas o simples cabañas de esta época y los campos de silos?.

En este momento cabe plantearse ¿cual sería la interpretación del registro arqueológico de los “campos de silos”, desde un modelo en el que no se asuma inicialmente la supremacía del modo de vida sedentario y campesino?. En esta hipótesis estamos trabajando desde hace tiempo. Aunque apenas diseñada, nuestra lectura básicamente descansa sobre la interpretación de los campos de silos cercados por fosos, como posibles espacios o asentamientos-nodos, donde, recurrentemente, se encontraban grupos y segmentos tribales, atendiendo a ciclos o *tempus* que requerían una agregación poblacional transitoria, entre grupos que la mayoría del tiempo se proyectaban de forma dispersa por el territorio. Nos aventuramos a proponer algunos de estos *tempus* o ciclos sabiendo

11 El método de bateo y recogida de cereal necesita especies poco domesticadas donde el grano se desprenda fácilmente del raquis. Habría que valorar el posible uso sistemas de recolección como las mesorias, palos delgados de igual longitud unidos por una correa que se utilizan para arrancar las espigas, o incluso la recogida del grano a mano en momentos avanzados de la maduración del cereal.

que podrían ser de distinta naturaleza: a) Subsistenciales; relacionados con el aprovechamiento de recursos bióticos estacionales; con el intercambio de recursos abióticos, o implicados en proceso redistributivos de orden más complejo; b) *Sociales*: podían servir como marco para la realización de cambios colectivos de estatus social (ritos de iniciación), de políticas matrimoniales donde se favorecerían el intercambio de mujeres entre los grupos y linajes, especialmente entre grupos muy atomizados, o en definitiva cualquier rito encaminados a aumentar la cohesión social; c) *Simbólicos*; especialmente relacionados con actos de hierofanía o *manifestación de lo sagrado* que está presente en la mayoría de las religiones primitivas y que permite a los grupos, donde no hay posibilidad de hallar demarcación u orientación, como podrían ser los que estudiamos, la posibilidad de construir un punto fijo, absoluto: un centro. (Eliade 1979, 18 y ss). La escala, entidad e intensidad de estos encuentros¹², dependerían de procesos históricos locales, en los que las tensiones y relaciones coyunturales intra e intergrupales tendrían singular importancia, configurando en última instancia desarrollos particulares que se ajustan a la variabilidad cuantitativa que el registro arqueológico nos ofrece en la actualidad.

Las causas de posible agregación poblacional de carácter temporal, no se agotan con las que hemos citado. Estas deben ser interpretadas como simples propuestas, aunque en su favor podemos decir que todas proceden y ha sido tomadas de comportamientos sobradamente conocidos en trabajos etnográficos realizados en sociedades no complejas. Además conductas como, o similares a las propuestas, explicarían mas coherentemente algunas evidencias arqueológicas. Tal es el caso de las frecuentes reestructuraciones del espacio interior que queda de manifiesto en las conductas de abandono-reocupación e incluso solapamiento físico que se observa en muchas de estas estructuras semisubterráneas (Schubart 1984, 92; Fresneda *et alii*, 1993, 216; Cámara y Lizcano 1996, 314; Márquez, *et alii* 1999, etc). Por otra parte daría luz a la contingencia arqueológica tantas veces observadas de que la cultura material en estos yacimientos aparece especialmente en el interior de las estructuras, y no fuera de ella, lo que se explicaría como producto de deposiciones intencionadas y temporales de grupos o segmentos de población que vuelve cíclicamente al mismo lugar, sin tener que recurrir a la trasnochada explicación de que los pozos y zanjas fueron reutilizados con el tiempo como basureros. Por último una hipótesis como la planteada no requiere de la existencia de un aumento poblacional tan descomunal, ya que la gran extensión de los poblados responderían a procesos diacrónicos de ocupación y reocupación de numerosas generaciones. A nivel de hipótesis, las zanjas pudieron delimitar simbólicamente el

12 No debe entenderse en el término encuentros, la acepción temporal de corta duración que le damos en la actualidad.

área social de los encuentros cíclicos como en los causewayed enclosures. En tal caso interpretaríamos los asentamientos cercados (campos de silos), integrados en el Megalitismo como el reverso de una misma moneda, sin la cual no es posible su comprensión.

En los momentos de “desactivación social”, los grupos se dedican a prácticas subsistenciales de naturaleza autárquica. Este comportamiento dual subyace en la esencia social de los grupos establecidos en clanes y linajes. Además, y si como planteamos, en ellos perduran patrones de movilidad acusada, la fisonomía de los emplazamientos (a, b, d) del MT1, se ajustarían coherentemente a ocupaciones temporales de unidades parentales más pequeñas (familias extensas, clanes?), y cuyo “modus vivendi” y movilidad parcial o total, sólo quedarían constatadas arqueológicamente por hábitats endebles y monofásicos.

Pero cómo evitar dentro del vórtice de desplazamientos el caos. Podemos estar ante grupos con una importante movilidad pero con organización propia de tribus segmentarias¹³. La ordenación nace del megalitismo, los grupos se orientan, se adscriben al territorio mediante la costumbre de enterrar de forma acumulativa sus difuntos en una misma zona. La aceptación de esta “parcelación pactada y simbólica” del paisaje, favorecerá un pleno desarrollo de prácticas subsistenciales no integramente sedentarias. Por ejemplo la ganadería al estar desglosada en rebaños familiares que explotan áreas no coincidentes y al tener a sus propietarios unidos por lazos de sangre, minimizaría el riesgo por ejemplo de epidemias u otras incidencias negativas en la cabaña, que podrían ser resueltos o regulados con mecanismos sociales.

No obstante, la construcción de los sepulcros necesitará, en la mayoría de las ocasiones, de un coste energético que sólo puede ser resuelto mediante una agregación de población que excede el grupo doméstico y por tanto deberá recurrirse, en la realización de esta empresa, a los compromisos sociales entre miembros del mismo linaje, o clan, dentro de la organización tribal o a los establecidos con otros grupos emparentados. El “intercambio”, la “reciprocidad”, y la cooperación tal y como son descritos tradicionalmente en la antropología clásica, pueden perfectamente explicar el aumento del número de individuos que participaron en la construcción de estas estructuras e incluso el carácter “alóctono” de numerosas piezas de los ajuares. La capacidad de congregar esfuerzos o de hacer cumplir los compromisos sociales que caracterizan a estas comunidades parentales, determinará, en última instancia, la naturaleza y fisonomía del enterramiento de un grupo concreto, lo que explica la evidente

13 La clásica tipología de Service se ha demostrado, como era de esperar, excesivamente simplista, para integrar los numerosos particularismos sociales. Ver sobre el tema por ejemplo Shennan, S. 1997; Yoffee, N. 1997.

heterogeneidad que estos sepulcros presentan y las desigualdades latentes que parecen apuntar su variada morfología. No olvidemos que las ventajas sociales que muestran las organizaciones tribales frente a las bandas de cazadores-recolectores, es precisamente la de tener institucionalizada la cooperación e integración de grupos familiares en unidades sociales superiores en momentos puntuales, tal es el caso de las luchas intertribales, la realización de obras comunitarias, etc. Pero este hecho no supone, como a veces se sobreentiende, que las sociedades de linajes sean necesariamente igualitarias o al menos como nosotros entendemos la igualdad; todo lo contrario, existen diferencias sociales, si bien es cierto que más de prestigio que de poder (Clastres 1987, 111-116), entre grupos articulados por el sexo, la edad, la ubicación en la línea del linaje, etc, pero que en todo caso son asumidas por la lógica social dominante, sin que lleguen a producir fisuras internas irreversibles.

El megalitismo como mecanismo de ordenación y cohesión social, se plasma, y no podía ser de otra manera en sociedades donde no se distinguen límites entre el dominio de lo profano y la esfera de lo sagrado, en la sacralización del territorio, al recurrir a la “exaltación de los muertos”, creando un auténtico lenguaje de las grandes piedras que, por encima del pretendido colectivismo social, también podrá interpretar iniciativas particulares o excéntricas, sin poner en crisis la estructura de su propio discurso. El parcelamiento externo y la indivisión interna que, como dos caras de una misma lógica social, caracterizan las sociedades primitivas (Clastres 1987, 214), estarán presentes en un modelo de territorialidad singular donde se ubican unos y “los otros” sin dificultad mediante la referencia explícita a los sepulcros y a los grupos comprometidos en su construcción.

Modelo de Territorialidad 2

En el tránsito del III al II milenio, en fechas convencionales, se produce la sustitución explícita de este modelo territorial, construido a partir de la erección y distribución de “sepulcros megalíticos”, por otro donde serán los asentamientos, ubicados ahora en zonas de mayor visibilidad y, pensamos que ya plenamente sedentarios, los que estructuran el paisaje. Se establece un espacio vertical contrapuesto al espacio horizontal previo¹⁴, próximo al que en otras latitudes ha sido denominados paisajes parcelados (Criado 1993, 38). A nivel simplemente ilustrativo, se puede apuntar que esta singular mudanza en la construcción social del territorio, que por otra parte es característica del las fases post-megalíticas en el occidente europeo, se ajusta a lo que en el evolucionismo biológico se defendió como “equilibrio puntuado”, que frente al

14 Expresión tomada del urbanista P. Virilio citado por Criado 1993, 32.

gradualismo, explica los procesos evolutivos como la sustitución de largos períodos estáticos por períodos de cambio mucho más rápido. No obstante faltan dataciones absolutas que fundamenten o niegen esta aceleración del cambio.

Desde esta nueva concepción del territorio, que pudo estar vigente hasta finales del Bronce Pleno, y sobre la estructura económica y social sobre la que descansa, es desde la que se debe estudiar su desarrollo interno, interpretando los cambios observables en él, no como fases de un devenir histórico y universal, sino como procesos de acomodación y ordenación de un modo de vida campesino inicial que trata de consolidarse. No obstante, el registro arqueológico del sur peninsular, nos advierte que a diferencia de lo que ocurría con el territorio megalítico, mucho más homogéneo en su implantación, la fisonomía de este modelo presenta importantes disimetrías locales. Nos referimos a la aparición de procesos de complejidad clásicos como el de la cultura del Argar (Lull 1983) o el de las formaciones sociales de la campiña del Guadalquivir (Nocete 1994), por citar algunos casos muy conocidos.

En nuestra provincia los asentamientos humanos conocidos, si bien se ubican recurrentemente en cerros amesetados de significativa visibilidad, por el contrario adolecen de estructuras defensivas. Además en ellos han desaparecido por completo la vieja costumbre de realizar fosas o pozos. Se aprecia, eso sí, una tendencia a ocupar cada vez cerros de mayor altitud, aunque con una tendencia, por lo menos con la información que contamos, menos acusada a la observada en otras regiones andaluzas. La morfología de estos asentamientos así descrita parece ser fruto de las primera agregaciones poblacionales duraderas conocidas en la zona. Estamos ante grupos que se fijan durante generaciones en el mismo asentamiento, lo que produce en el registro arqueológico de los poblados al aire libre secuencias amplias y desconocidas en momentos anteriores. Resultan evidencias de una lógica centrípeta muy distinta a la centrífuga que parece estar detrás del Megalitismo.

No sabemos si este nuevo orden tiene una significación macroespacial más precisa, como podrían ser la provocada por proyecciones espaciales con indicios de jerarquización entre asentamientos o de carácter microespacial, como podría ser divisiones internas de espacios desiguales. Aunque los indicios en general parecen negar estas suposiciones, la ausencia de auténticas lecturas espaciales y de excavaciones en extensión debilitan cualquier pronunciamiento en uno u otro sentido.

Sí creemos en cambio, que uno de los elementos coagulante de este MT2 es el papel determinante que jugará, a partir de estos momentos, la agricultura del cereal y su peso, ahora sí de carácter subsistencial, en las economías prehistóricas. La intensificación de la agricultura, entendida como el aumento en la frecuencia con que las tierras son cultivada (Boserup 1970), parece estar tras del proceso de sedentarización, y tras los cambios observados en la cultura

material, especialmente en los artefactos líticos tallados (Márquez 1998; Márquez e.p.). Paradójicamente no encontramos sistemas de almacenajes subterráneos tipo “silos”, que siguiendo los postulados y lógicas “progresivos” deberían ser ahora incluso más abundantes¹⁵. También creemos que se podría hacer coincidir, al menos con momentos avanzados de MT2, la conocida como *revolución de los productos secundarios* (Sherrat 1981). Lo que nos lleva a pensar en una economía plenamente neolítica, tal y como esta fue descrita en las metáforas clásicas, donde los grupos ocupaban asentamientos estables y tenían una economía agropecuaria consolidada, sólo en momentos muy tardíos de la Prehistoria Reciente, incluso cronológicamente en momentos posteriores a la propia aparición de la metalurgia, lo que sería realmente inconcebible para los modelos explicativos “progresivos”.

En este discurso creemos que se deben introducir, para ser comprendidos, tópicos clásicos de la investigación como la aparición de las cerámicas campaniformes o la consolidación de la metalurgia, intentando explicarlos holísticamente insertos en mecanismos de relaciones mutuamente remitentes con otras esferas de la sociedad de la que participan. Así serán entendidos, más que como etapas o fases tecnológicas determinadas, como aspectos relevantes de una misma manera de estar-en-el-mundo compartida por todos los individuos de una misma sociedad.

Los vivos y sus asentamientos, organizan ya el paisaje y le dan sentido, mientras la costumbre de levantar dólmenes se irá desintegrando del tejido social y simbólico. Un nuevo *tempus* necrológico sustituye al lenguaje de las grandes piedras. La necrópolis de cistas reflejan la inmediatez entre el óbito y la inhumación, y nos habla de un *lapso sagrado* (Eliade 1979, 86) en nada relacionado con el dominante en el megalitismo. Un ejemplo de la intransferibilidad de dichos *tempus* es la incapacidad que los grupos de privilegiados o elites que se presumiblemente aparecen en las sociedades complejas de finales de la Edad del Cobre o del Bronce (MT2), y a los que se les suponen ciertos mecanismo de coerción sobre el grupo, no podrán apropiarse del ritual en beneficio propio. En tal caso una reinterpretación del megalitismo hubiera supuesto, pensamos, la aparición de tumbas “principescas”, mientras que por el contrario únicamente se observan meras reutilizaciones de viejas tumbas o la construcción de copias de éstas con estrategias menos costosas, con ciertos indicadores de desigualdad social en los ajuares, pero que sólo pueden ser interpretados como síntomas de desajuste simbólicos o simples anacronismos. Esto, pensamos que insiste en la dependencia que existió entre megalitismo y

15 No podemos menospreciar las reutilizaciones de estas estructuras “tipo silos” en otras épocas prehistóricas e incluso, la existencia de otras similares, pero de épocas medievales que posiblemente hayan distorsionado alguna interpretación de yacimientos antiguos.

la construcción-explotación de territorio, que impedirá el desarrollo desligado de cada uno de estos indicadores.

El presente, sólo es un modesto intento por iniciar un ejercicio, paulatino y doloroso, de extrañamiento con el discurso histórico, por tradición positivista y hegeliano, que domina la mayoría de propuestas explicativas de la Prehistoria. Pero significa también comenzar a pisar terreno movedizo; en definitiva optar por el abandono del acogedor orden y equilibrio de un progreso-como-escalera que durante generaciones encontró su metáfora en la Biblioteca Laurenziana, por el desasosiego que, como a los monjes de M. C. Escher, nos embarga ante la geometría imposible del pasado más remoto. Al menos, eso es lo que nosotros pensamos.

BIBLIOGRAFIA

- AGUADO, T. y MARQUÉS, I. (1996) "La Necrópolis megalítica de Encinas Borrachas (Alpandeire-Málaga)", *Baetica* nº 18, Málaga, 287-304.
- AGUAYO, P.; LOBATO, R. y CARRILERO, M. (1987): "Excavaciones arqueológicas en el casco antiguo de Ronda (Málaga). *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985, vol. III, Actividades de Urgencia, Sevilla, 236-239.
- AGUAYO, P.; CARRILERO, M.; DE LA TORRE, M^a. P. y FLORES, C. M^a. P. y FLORES, C. (1987): "El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Campaña de 1985". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985, vol II, Actividades Sistemáticas, Sevilla, 294-304.
- AGUAYO, P.; MARTÍNEZ, G. y MORENO, F. (1989-90): "Articulación de los sistemas de hábitats neolítico y eneolítico en función de la explotación de los recursos naturales en la depresión de Ronda". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, nº. 14-15, Granada, 67-84.
- AGUAYO, P. GARRIDO, O.; MORENO, F.; NIETO, B. y PADIAL, B. (1991) "Excavación de una tumba colectiva en cuevas del Marqués, Ronda, Málaga", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1989, vol. III, Actividades de Urgencia, Sevilla, 371-378.
- ARTEGA, O. (1974): "Un yacimiento eneolítico en "la Peña de Hierro" (Málaga)", *Pyrenae* 10, Barcelona, 29-42.
- ARRIBAS, A. y FERRER, J.E. (1997): *La necrópolis megalítica del Pantano de los Bermejales*, Monográfica Arte y Arqueología Universidad de Granada.
- AUGÉ, M. (1996). *El sentido de los otros, Actualidad de la Antropoligía*, Paidós, Barcelona.
- BALDORMERO, A. y FERRER, J.E. (1984-85): "San Telmo, restos de un poblado de la Edad del Cobre en la Bahía de Málaga". *Mainake* VI-VII, Excma. Diputación Provincial de Málaga, 29-44.
- BALDOMERO, A; FERRER, J.E. y VILLASECA, F.(1985): "El Lagar de las Animas (Málaga)". *Baetica* nº 8, Málaga, 121-133.

- BOSERUP, E. (1970): *Évolution agraire et pression démographique*, Flammarion, Paris.
- BOURDIEU, P. (1990): "Times perspectives of the Kabyle". En Hassard (ed.): *The sociology of Time*, St. Martin's Press, New York, 219-237. (edi. orig. 1963).
- BRADLEY, R. (1993): *Altering the Earth. The origins of monuments in Britain and Continental Europe*. Ediburg: Society of Antiquaries of Scotland.
- BRAUDEL, F. (1968): *La Historia y las Ciencias Sociales. La larga duración*, Alianza Editorial, Madrid. (edi. orig. 1958).
- CABRERO, R. (1978): "Ajuar conservado del dolmen de "El Moral", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* nº 3, 135-142.
- CÁMARA, J.A. LIZCANO, R. (1996): "Ritual y sedentarización en el yacimiento del Polideportivo de Martos (Jaén)", *I Congreso del Neolítico a La Península Ibérica, Gavà - Bellaterra 1995*, Vol 1, *Rubricatum* nº1, 313-322.
- CARRILERO, M.; MARTÍNEZ, G. y MARTÍNEZ, F. (1982): "El yacimiento de Morales (Castro del Río, Córdoba). La Cultura de los Silos en Andalucía Occidental". *Cuadernos de Prehistoria de Granada*, nº 7, Granada, 171-208.
- CLASTRES, P. (1987): *Investigaciones en antropología política*, Gedisa, México (edi. orig. 1980).
- COHEN, M.N. (1981): *La crisis alimentaria de la prehistoria*, Alianza Universidad, Madrid (edi. orig. 1977).
- CRIADO, F. (1993): "Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje", *Spal*, nº 2, Sevilla, 9-55.
- ELIADE, M. (1979): *Lo sagrado y lo profano*, Guadarrama, Barcelona (edi. orig. 1957).
- ELÍAS, N. (1989): *Sobre el tiempo*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- ESPEJO, M^a M., RAMOS, J.; RECIO, A.; CANTALEJO, P.; MARTIN, E.; CASTAÑEDA, V. y PEREZ, M. (1994): "Cerro de las Aguillillas. Necrópolis colectiva de cuevas artificiales". *Revista de Arqueología*, nº 161. Madrid, 14-23.
- FERNÁNDEZ, J. (1987): *El poblamiento durante el Cobre y el Bronce en la provincia de Málaga. Los asentamientos al aire libre*. Universidad de Málaga. Tesis doctoral inédita.
- FERNÁNDEZ, J. (1988): "Factores que intervienen en la situación de los asentamientos durante las primeras etapas metalúrgicas en la provincia de Málaga" *Baetica*, Málaga, 195- 210.
- FERNÁNDEZ, J. (1995): "La necrópolis del Llano de la Virgen, Coín (Málaga)", *Baetica* 17, Málaga, 243-271.
- FERNÁNDEZ, J. (en prensa): "El sepulcro megalítico del Cerrete de la Cañada de Algane, Coín (Málaga)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*.
- FERNÁNDEZ, J. y MÁRQUEZ, J.E. (en prensa): "Avance al estudio del Sepulcro megalítico de la Cuesta de los Almendrillos de Ardite, Alozaina (Málaga) III Simposio de Prehistoria Cueva de Nerja, Las primeras comunidades metalúrgicas de la Prehistoria de Andalucía, Homenaje a Profesor Arribas Palau. Mayo 2000.
- FERNÁNDEZ, J.; FERRER, J.E. y MARQUÉS, I. (1991-92) "El Llano de la Virgen Coín (Málaga). Estudio de sus materiales". *Mainake XIII-XIV*, Excm. Diputación Provincial de Málaga, p.27.
- FERNÁNDEZ, J.; FERRER, J.E.; MARQUES, I. y BALDOMERO, A. (1997): "Los enterramientos colectivos de El Tardón (Antequera, Málaga)", *Actas del II Con-*

- greso de Arqueología Peninsular, Neolítico, Calcolítico y Bronce*, Zamora 24-27 Septiembre, 371-380
- FERNÁNDEZ, L.E.; NAVARRO, I.; SUÁREZ, J.; SOTO, A.; SANTAMARÍA, J.A.; ARANCIBIA, A.M^a. y RODRÍGUEZ, F.J. (1997) "El cortijo de San Miguel. Ardales (Málaga). Aportaciones al poblamiento del Cobre Antiguo en el interior de Málaga". *Actas del II Congreso Peninsular de Arqueología* vol. II, Zamora, 437-448.
- FERNÁNDEZ, L.E.; RODRÍGUEZ, F.J.; PALOMO, A.; SANTAMARÍA, J.A.; SUÁREZ, J.; NAVARRO, I.; ARANCIBIA, A.; ESCALANTE, M. y ANGEL, J. (1999): "Informe preliminar de la excavación arqueológica de urgencia en la necrópolis del Bronce del Cortijo de Rodahuevos (Antequera-Campillos, Málaga)", *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1995, vol. III, Actividades de Urgencia, 384-389.
- FERNÁNDEZ, L.E.; NAVARRO, I.; SUÁREZ, J.; RAMBLA, A.; ARANCIBIA, A. y ESCALANTE, M.M. (en prensa.). "El Lomo del Espartal, (Marbella, Málaga). Nueva aportación para el conocimiento del tránsito del IV al III Milenio en el litoral occidental malagueño". *Homenaje al Dr. D. Carlos Ponsac Mon*, Melilla.
- FERRANDO, M. y MÁRQUEZ, J.E. (1989): "Materiales arqueológicos procedentes de la Loma del Moro (Ronda, Málaga)". *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología, Castellón de la Plana*, Zaragoza, 1013-1029.
- FERRER, J.E. (1974): "Hallazgo de unas cistas megalíticas en el término de Colmenar". *Jábega* n° 7, Málaga, 71-74.
- FERRER, J.E. y MARQUÉS, I. (1978): "Avance de las campañas arqueológicas realizadas en la "Cueva de las Palomas" Teba (Málaga)". *Baetica* 1, Málaga, 195 - 206.
- FERRER, J.E., MORENO, A.J. y RAMOS, J. (1984): "Cistas de la Edad del Bronce excavadas en el alto valle del Vélez", *Baetica* 7, Málaga, 121-134.
- FERRER, J.E. y MARQUÉS, I. (1986): "El Cobre y el Bronce en las tierras malagueñas". *Actas del Congreso Homenaje a Lusi Siret (1934-1984)*. *Cuevas del Almanzora*, Junio 1984, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 251-261.
- FERRER, J.E.; BALDOMERO, A. y GARRIDO, A. (1987): "El cerro de Marimacho (Antequera, Málaga)". *Baetica* n° 10, Málaga, 179-187.
- FERRER, J.E. y MARQUÉS (1993): "Informe de las actuaciones realizadas en la necrópolis megalítica de Antequera (Málaga), durante 1991". *Anuario Arqueológico de Andalucía/ 1991*, III: Actividades de Urgencia: 358-360.
- FRESNEDA, E.; et alii. (1993): "Excavación de urgencia en el Cerro de San Cristobal (Ogíjares, Granada) Campaña de 1991". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1991, vol III, Actividades de Urgencia, Cádiz, 214-220.
- GARCÍA, R. (1979-80): "Necrópolis de cuevas artificiales en Archidona (Málaga)", *Ampurias* n°41-42, Barcelona, 371-375.
- GARCÍA, E.; MARTÍNEZ, V. y MORGADO, A. (1995): *El Bajo Guadalteba (Málaga): Espacio y poblamiento. Una aproximación arqueológica a Teba y su entorno*. Excmo. Ayuntamiento de Teba, Excma Diputación Provincial de Málaga, 98-102.
- GARRIDO, A. (1981): "Un enterramiento en cista en el término de Pizarra", *Arqueología de Andalucía Oriental: Siete Estudios*, Málaga, 39-48.

- GARRIDO, A.; MARQUES, I. y VILLASECA, F. (1984): "El sepulcro megalítico del Cortijo de la Mimbre, (Alpandeire-Málaga)". *Baetica* nº 7, Málaga, 135-145.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F. C. (1990) "La Cueva de Nerja como santuario funerario". *Zephyrus* XLIII, Salamanca 1990, 61-64.
- GRAN, J. (1982): "Excavaciones arqueológicas en la región de Vélez-Málaga". *Noticiario Arqueológico Hispánico*, nº 12, Madrid, 370, fig. 43.
- HERNANDO, A. (1997): "Sobre la Prehistoria y sus habitantes: Mitos, metáforas y miedos", *Complutum*, 8, Madrid, 247-260.
- HERNANDO, A. (1999 a): "Percepción de la realidad y prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socio-económica en los grupos humanos", *Trabajos de Prehistoria* nº 56 / 2, Madrid, 19-35.
- HERNANDO, A. (1999 b): "El espacio no es necesariamente un lugar: En torno al concepto de espacio y a sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria", *Arqueología Espacial* nº 12, *Revista del S.A.E.T.*, Teruel, 7-27.
- HERNANDO, A. (1999 c) "El Neolítico como clave de la identidad moderna: la difícil interpretación de los cambios y los desarrollos regionales". *Saguntum Extra* 2, pp. 583-588.
- HERNANDO, A. (1999 d): *Los primeros agricultores de la Península Ibérica*, Arqueología Prehistórica 2, Síntesis, Madrid.
- LULL, V. (1983): *La cultura de El Argar*, Akal, Madrid.
- MARTÍN, D.; CAMALICH, M^a.D.; GONZÁLEZ, P. y MEDEROS, A. (1993): "El Neolítico en la Comarca de Antequera (Málaga)", *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía 1985-1992* Proyectos. Huelva, 273-284.
- MARQUÉS, I. (1983): "Sepulcro inédito de la Necrópolis de Alcaide (Antequera, Málaga). *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, nº 8. Granada, 149-173.
- MARQUÉS, I. (1990). El yacimiento de Alcaide (Antequera-Málaga). Campaña de excavaciones de 1987. *Anuario de Arqueología de Andalucía*, vol. II actividades sistemáticas, Sevilla, 268-270.
- MARQUÉS, I.; AGUADO, T.; BALDOMERO, A. y FERRER, J.E. (en prensa): "Proyecto sobre la Edad del Cobre en Antequera (Málaga)", *III Simposio de Prehistoria Cueva de Nerja, Las primeras comunidades metalúrgicas de la Prehistoria de Andalucía*, Homenaje al Profesor Arribas Palau. Mayo 2000.
- MÁRQUEZ, J.E. (1987): "Prospección arqueológica con sondeos estratigráficos en la Cueva de La Higuera (Mollina, Málaga)". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1986, vol. II, Actividades Sistemáticas, Sevilla, 186-189.
- MÁRQUEZ, J.E. (1995): *Los artefactos líticos tallados de las primeras comunidades metalúrgicas en la provincia de Málaga (Una aproximación tecnológica al sistema de producción lítica*. Universidad de Málaga. Tesis doctoral inédita.
- MÁRQUEZ, J.E. (1998) "La producción de piezas líticas talladas para hoz durante durante el Calcolítico y la Edad del Bronce en la Provincia de Málaga: Implicaciones económicas y sociales. *Baetica*, nº 20, Málaga, 271-286.
- MÁRQUEZ, J.E. (en prensa): "El asentamiento del Peñón del Oso (Villanueva del Rosario, Málaga) y la economía del sílex a finales del III milenio a. C.", *III Sim-*

- posio de Prehistoria Cueva de Nerja, Las primeras comunidades metalúrgicas de la Prehistoria de Andalucía, Homenaje al Profesor Arribas Palau.*
- MÁRQUEZ, J.E. y FERNÁNDEZ, L.E. (1998): "Los asentamientos humanos en las fases iniciales de la Edad del Cobre en la provincia de Málaga". *Estudios Prehistóricos, vol. VI. Actas do Coloquio A Pre-historia na Beira Interior, (Tondela)*, 21-23 de Noviembre de 1997. Viseu, 259-277.
- MÁRQUEZ, J.E.; FERNÁNDEZ, J. Y GARCÍA, M. (1999): "Un asentamiento prehistórico en el casco urbano de Alameda (Málaga)". *Baetica*, nº 21, Málaga, 177-206.
- MARQUEZ, J.E. (2000): *El megalitismo en la provincia de Málaga. Breve guía para su conocimiento e interpretación*. Colección Conocer Málaga. Servicio de Publicaciones Universidad de Málaga.
- MORENO, A.(1987): "Excavaciones arqueológicas de urgencia en el Peñón del Oso (Villanueva del Rosario, Málaga). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985, vol. III, Actividades Sistemáticas, Sevilla, 244-250.
- NAVARRO, E.J.(1884): *La cueva del Tesoro, estudio prehistórico*. Málaga.
- NOCETE, F. (1994): "Space as coercion: The transition to the State in the Social formations of La Campiña, Upper Guadalquivir Valley, Spain ca. 1900-1600 B.C. *Journal of anthropological archaeology*, 13, Academic Press, 171-200.
- PERDIGUERO, M. (1989-90): "Un asentamiento calcolítico en Aratispi (Cauche el Viejo, Antequera)", *Mainake* XI-XII, Málaga, 57-80.
- RAMOS, J. (1984-85): "Las Mezquitas. Un asentamiento Calcolítico en el Alto Guaro (Periana, Málaga)", *Mainake*, VI-VII, Excma. Diputación Provincial de Málaga, 45-72.
- RAMOS, J.(1986): "El asentamiento calcolítico del Tajo de Doña Ana (Alfarnatejo, Málaga)". *Jábega*, nº 51, Málaga, 3-9.
- RAMOS, J.; MARTÍN, E.; ESPEJO, M^a.M.; CANTALEJO, P. y RECIO, A. (1995): "El poblamiento humano prehistórico del V al II milenio a.n.e. en la encrucijada de los ríos Turón, Guadalteba y Guadalhorce. El proceso de tribalización". en CANTALEJO et alii (ed) *Geología y Arqueología Prehistórica de Ardales*. Málaga, 149-166.
- RECIO, A., RAMOS, J. y MARTÍN, E. (1986-87): "Aproximación al poblamiento neolítico y calcolítico del término municipal de Almogía (Málaga)", *Mainake* VIII-IX, Málaga, 59-88.
- RECIO, A., RODRÍGUEZ, P., FERRER, J.E., SÁNCHEZ, S., RAMOS, J., MARTÍN, E., POZO, S.F. y FERNÁNDEZ, L.E. (1987): "Excavación arqueológica de urgencia en el Cerro de Capellanía (Presa de la Viñuela, Málaga)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986, vol. III Actividades de Urgencia, Sevilla, 247-251.
- RODRÍGUEZ, F.J.; FERNÁNDEZ, L.E.; SUÁREZ, J.; NAVARRO, I.; PALOMO, A.; SANTAMARÍA, J.A.; SOTO, A.; SÁNCHEZ, P.; SÁNCHEZ, J.M.; ROMERO, J.C.; CLAVERO, J.L. (1997): «Prospección arqueológica con sondeos estratigráficos en el poblado calcolítico de «El Castillejo» (Almogía, Málaga)». *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1993, II Actividades Sistemáticas, 93-113.
- SANCHIDRIAN, J.L. (1984-85) "Algunas bases para el estudio de los actos funerarios eneolíticos: Sima de la Curra (Carratraca, Málaga). *Zephyrus* XXXVII – XXXVIII, Salamanca, 227-248.

- SANCHIDRIAN, J.L.; VIVAS, V.E.M.; FERNÁNDEZ L.E. (1989): "La presencia eneolítica en las Galerías Altas de Cueva Doña Trinidad (Málaga)", *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología*, vol. I, Castellón de la Plana 1987, Zaragoza, 209-226.
- SCHUBART, H. (1979): "Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones 1976". *Noticiario Arqueológico Hispano* nº 6, Madrid, 175-218.
- SHENNAN, S. (1993): "After social evolution: a new archaeological agenda?" en Yoffee, N y Sherratt, A. (Ed), *Archaeological theory: who sets the agenda?*, New directions in archaeology, Cambridge University Press. 53-59.
- SHERRAT, A. (1981): "Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution". En Hodder, I.; Isaac, G. y Hammond, N. (Eds.) *Pattern of the Past, Studies in honour of David Clarke*, Cambridge University Press, Londres, pp. 261-305.
- SUÁREZ, J.; FERNÁNDEZ, L.E.; RODRÍGUEZ, F.J.; VON THODE, C.; GARCÍA, A.; BARRERA, M. y PALOMO, A.(1995): "La Peña de los Enamorados de Antequera (Ladera Oeste). Un importante enclave en la ruta del Genil hacia la Andalucía Oriental". *Actas del XXI Congreso Nacional de Arqueología*, vol. I, Teruel 1991, Zaragoza, 73-83.
- SUCH, M. (1919): *Avance al estudio de la Caverna de Hoyo de la Mina*, Boletín de la Sociedad Malagueña de Ciencias, Málaga.
- THOMAS, J. (1996): "The cultural context of the first use of domesticates in continental Central and Northwest Europe". en HARRIS, D.R. (ed.) *The origins and Spread of agriculture and Pastoralism in Eurasia*, UCL Press, London.
- THOMAS, J. (1999): *Understanding the Neolithic*. Routledge, London.
- VILASECA, F. y GARRIDO, A. (1990): "El dolmen del Cerro de la Cruz Blanca. El Burgo-Málaga". *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1988, vol. III, Actividades de Urgencia, Sevilla, 236-239.
- YOFFEE, N. (1993): "Too many chiefs? (or, Safe text for the '90s)", en Yoffee, N y Sherratt, A. (Ed), *Archaeological theory: who sets the agenda?*, New directions in archaeology, Cambridge University Press. 60-78.